

Roberto Fernández Retamar

Poemas

Le preguntaron por los persas

A la imaginación del pintor Matta
y, desde luego, a Darío.

Su territorio dicen que es enorme, con mares por
muchos sitios, desiertos, grandes lagos, el oro
y el trigo.

Sus hombres, numerosos, son manchas monótonas
y abundantes que se extienden sobre la tierra
con mirada de vidrio y ropajes chillones.

Pesan como un fardo sobre la salpicadura de
nuestras poblaciones pintorescas y vivaces,
Echadas junto al mar: junto al mar rememorando
un pasado en que hablaban con los dioses y les
veían las túnicas y las barbas olorosas a
ambrosía.

Los persas son potentes y grandes: cuando ellos
se estremecen, hay un hondo temblar, un temblor
que recorre las vértebras del mundo.

Llevan por todas partes sus carros ruidosos y
nuevos, sus tropas intercambiables, sus barcos
atestados cuyos velámenes hemos visto en el
horizonte.

Arrancan pueblos enteros como si fueran árboles,
o los desmigajan con los dedos de una mano,
mientras con la otra hacen señas de que prosiga
el festín;

O compran hombres nuestros, hombres que eran
libres, y los hacen sus siervos, aunque puedan
marchar por calles extrañas y adquirir un
palacio, vinos y adolescentes:

Porque qué puede ser sino siervo el que ofrece
su idioma fragante, y los gestos que sus padres
preservaron para él en las entrañas, al bárbaro
graznador, como quien entrega el cuello, el
flanco de la caricia a un grasiento mercader?

Y nosotros aquí, bajo la luz inteligente hasta el
dolor de este cielo en que lo exacto se hace azul
y la música de las islas lo envuelve todo;

Frente al mar de olas repetidas que alarmado nos
trae noticias de barcos sucios;

Mirando el horizonte alguna vez, pero sobre todo
mirando la tierra dura y arbolada, enteramente
nuestra;

Aprendiendo unos de otros en la conversación de
la plaza pública el lujo necesario de la verdad
que salta del diálogo,

Y conocedores de que las cosas todas tienen un
orden, y ha sido dado al hombre el privilegio
de descubrirlo y exponerlo por la sorprendente
palabra,

Conocedores, porque nos lo han enseñado con sus
vidas y los hombres más altos, de que existen la
justicia y el honor, la bondad y la belleza, de
los cuales somos a la vez esclavos y custodios,

Sabemos que no sólo nosotros, estos pocos rodeados
de un agua enorme y una gloria aún más
enorme,

Sino tantos millones de hombres, no hablaremos
ese idioma que no es el nuestro, que no puede
ser el nuestro.

Y escribimos nuestra protesta — ¡Oh padre del
idioma! — en las alas de las grandes aves que
un día dieron cuerpo a Zeus,

Pero además y sobre todo en el bosque de las
armas y en la decisión profunda de quedar
siempre en esta tierra en que nacimos:

O para contar con nuestra propia boca, de aquí a
muchos años, cómo el frágil hombre que venció
al león y a la serpiente, y construyó ciudades y
cantos, pudo vencer también las fuerzas de
criaturas codiciosas y torpes,

O para que otro cuente, sobre nuestra huesa
convertida en cimientto, cómo aquellos antecesores
que gustaban de la risa y el baile, hicieron
buenas sus palabras y preservaron con su pecho
la flor de la vida.

A fin de que los dioses se fijen bien en nosotros,
voy a derramar vino y a colocar manjares
preciosos en el campo: por ejemplo, frente a la
isla de Salamina.

Sería bueno merecer este epitafio

Puso a disposición de los hombres lo que tenía
de inteligencia
(Poco o mucho, pues no es de eso de lo que se trata),
Y quedan por ahí algunos papeles y algunas ideas
y algunos amigos
(Y quizás hasta algunos alumnos, aunque esto es
más dudoso)
Que podrán dar fe de ello.
Les entregó lo que que tenía de coraje
(Poco o mucho, pues tampoco es de eso de lo que
se trata.)
No faltará algo o alguien
Que pueda verificarlo.
Se sabe que deploró de veras no haber estado la
madrugada de aquel 26 entre los atacantes
al cuartel,
No haber venido en aquel yate,
No haberse alzado en la montaña.
No haber sido, en fin, de los elegidos.
Pero, como se ve
(Espero que el epitafio pueda llevar esta oración
sin forzar la realidad),
Hizo su parte, llegado el momento.
Se sabe también que lamentó no haber escrito
"Nuestra América", *Trilce*, *El 18 Brumario*
(¿Para qué hablar del *Capital*?),
Aunque tú, lector, recuerdas
Probablemente
(Sobre este adverbio no debe insistirse mucho)
Aquella página.
Se equivocó más de una vez, y quiso sinceramente
hacerlo mejor.
Acertó, y vio que acertar tampoco era gran cosa.
De todas maneras, llegado al final, declaró que
volvería a empezar si lo dejaran.
De él en vida se dijo bien y mal, y con los años,
esos en los que

Todo se va borrando y confundiendo,
No faltará quien lo mencione de modo que le hubiera
complacido,
Mezclando sus nombres con otros nombres, bajo el
epígrafe *revolución*.

(Se ruega a los obituaristas vocativos de siempre
Simplificar lo más posible estas sugerencias.
Y, por favor, no precipitarse.)

Gracias, gracias, jardín zoológico, por renovar esta lección

Por lo mismo que al elefante le atrae la elefanta,
Sus patas inmemoriales y rugosas,
El bufido y la oreja que abanica,
Y a la jirafa macho lo sobresalta la jirafa hembra,
Su cuello descomunal (que para él, por supuesto,
no es descomunal),
Y las inquietantes *moticas* de la piel;
Y al pavorreal su pareja,
Y al majá su lustrosa compañera,
Me gustas tú.

Y por lo mismo que la leona defiende sus cachorros,
Y la buitreciéndida tiende el ala *siniestra*
sobre el nido,
Y la cucaracha se afana por sus larvas,
Te sobresaltas, al ir a cruzar la calle, por
nuestras niñas deliciosas.

